

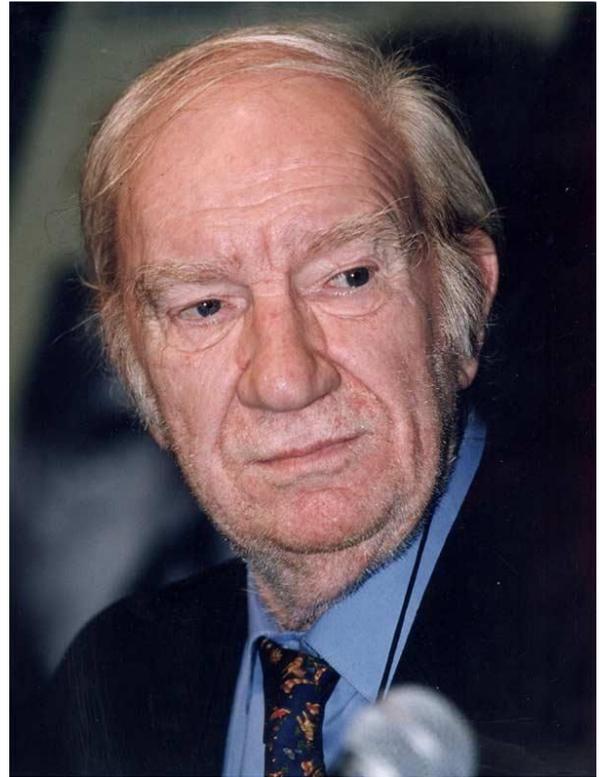


LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO

**UNA MIRADA
DISTINTA DE
LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA**

“Las bicicletas son para el verano” es una obra de teatro escrita por Fernando Fernán Gómez, un escritor peruano del siglo XX que destacó tanto en el ámbito literario como en el cinematográfico, donde trabajó tanto delante como detrás de las cámaras.’

Es curiosa su infancia; teniendo madre actriz, nació estando ella de gira, razón por la cual su partida de nacimiento y su localidad natal no coinciden, siendo la primera redactada en Buenos Aires y siendo la segunda Lima, capital de Perú. Ya en su juventud se trasladó a Madrid para estudiar Filosofía y letras, estudios que abandonó al comienzo de la Guerra Civil Española, momento en el cual decidió centrarse en su faceta como actor de teatro. Recibió formación en interpretación en la Escuela de Actores del sindicato anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo).

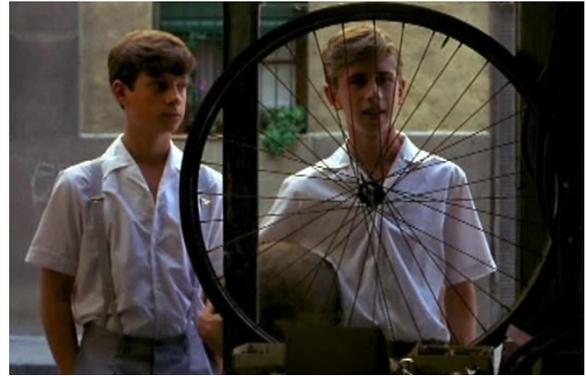


Sus Primeras representaciones en los escenarios españoles con la compañía Laura Pinillos llamaron la atención de Enrique Jardiel Poncela, quien lo fichó para la obra “Los ladrones somos gente honrada”, papel que le catapultó a la gran pantalla, primeramente con un papel secundario en “Cristina Guzmán” y posteriormente con “Empezó en boda”, un largometraje de Raffaello Matarazzo. Sin embargo, sus mayores éxitos como actor cinematográfico llegaron de la mano de los filmes “Balarrasa” de José Antonio Nieves Conde y “Boton de Ancla” de Ramón Torrado. Posterior a estas producciones se aventurará como director, conductor y guionista, realizando trabajos destacados como “La tertulia del Café Gijón”, afamado establecimiento de la capital española. Su nombre estuvo ligado a otras figuras del momento, como la actriz argentina Analía Gadé o el director español Pedro Lagarza Sabater. Con la democracia en pañales, comenzó a experimentar con el teatro y el ensayo: encontrará su patio de recreo en las columnas del diario socialista “El País”. De igual manera, en los años ochenta y noventa escribirá diversas obras que le harán merecedor de los más altos premios españoles a la dramaturgia. Además, ocupó durante siete años una silla en la Real Academia Española.

Tuvo un matrimonio con la cantante lírica María Dolores Fernández Pradera, el cual duró doce años y dejó dos artistas más: sus hijos la actriz Helena y el multidisciplinar Fernando. Durante los años setenta comenzó otra relación sentimental con la actriz (tenía fijación con esta profesión) Emmanuela Beltrán Rahola (Emma Cohen por cuestiones de marketing) que se concretó en un matrimonio que comenzó tardíamente en el año 2000, a siete años de la muerte de nuestro hombre estrella.

Gómez falleció en 2007 a causa de un cáncer que arrastró por unos meses. A pesar de su contemporaneidad ya es un clásico moderno castellano y una fuente de inspiración para escritores más recientes.

El tema que nos ocupa de su repertorio es la obra teatral “Las Bicicletas son para el verano”, la cual fue galardonada en su día con el premio Lope de Vega, entregado por el Ayuntamiento de Madrid. La obra, escrita a la sombra de la transición, se ambienta en Madrid, antes, durante y después de la Guerra Civil (con muy poco nos cuenta los sentimientos populares de la República y la Posguerra). El comienzo nos traslada a la capital de la república donde dos adolescentes fantasean sobre la posibilidad de una batalla en los jardines, las calles y las colinas donde corretean alegre e inocentemente. Sus vagas expresiones y su tono desenfadado les permiten narrar tiroteos al tiempo que juegan de manera caricaturesca e irónica.



La obra se transformará en una historia costumbrista dentro del ámbito bélico: narrará las pesquisas de una familia, su criada y los vecinos del edificio. Sin embargo, no estamos aquí para leer argumentos sino para comentar la redondez, los giros completos que tiene este texto.

Quizás la primera cosa peculiar que nos encontramos a la hora de comenzar la lectura sea el título de la obra. Cuando en las primeras escenas Luis, que es un estudiante de bachillerato que ha suspendido física, pide a su padre que le compre una bicicleta para poder salir a dar vueltas con ella. Lógicamente, su padre no le va a conceder sus caprichos miniburgueses, así que la compra de la bicicleta quedará pospuesta para más adelante (no sabían lo que se les venía encima). Sin embargo, este evento que se desarrollará al final de la obra cambia completamente su significado. Cuando en una Madrid arrasada Luis recibe de su padre una bicicleta, ya no es para salir a cortejar las mozas del barrio, ahora es para trabajar. Este golpe de la adultez prematura que recibe Luis es un reflejo también de todos los “niños y jóvenes de la guerra”, que irónicamente han perdido su infancia en los periodos de Guerra y Posguerra. Efectivamente, este periodo marcará la vida de todo un grupo de españoles (que además tendrán su propio esplendor en la literatura durante la Dictadura).



Resulta altamente interesante analizar la escena del final de la obra, en la cual Luis se sienta sobre una Madrid destruida junto con su padre, momento en el cual el último lo advierte sobre los tiempos venideros. Aunque la guerra haya terminado, la paz se iba a hacer de rogar. Las cosas no iban a continuar como antes ni mucho menos, la normalidad no se iba a establecer como por arte de magia por el cambio de gobierno. Nada más lejos de la realidad. Probablemente toda esta explicación pueda condensarse en el momento en el que el padre dice “¡Sabe Dios cuando habrá otro verano!”.

De igual manera, el verano tenemos que verlo como algo más que una estación. El verano viene asociado en los precedentes de la guerra como un momento de reunión familiar, como un sentimiento de alegría y libertad más allá de la acontecida en el resto del año. Cuando en pleno verano el bando sublevado altera la armonía del país, las voces que recorren los pasillos, las tabernas y las calles de la capital son optimistas respecto a la situación. El pensar que aquellos bombardeos terminarían en un par de semanas o que la situación económica se resolvería es fruto de toda la ilusión que traía asociada aquel verano del treintaseis. Sin embargo, cuando pasan tres años, todo ese castillo aparentemente tan fuerte ha pasado a ser una endeble torre de naipes.



La situación económica nos lleva también a conocer a uno de los antagonistas principales, que si bien silencioso, más perverso que todos los demás: el hambre. El hambre se ciernen sobre todos. Para entenderla tenemos que mirar al otro lado del charco donde el Crac del 29 y posteriormente toda la Gran Depresión han sumergido



a Europa y EEUU en una crisis que dejará una sociedad famélica. El sistema de repartos de alimentos por medio de una cartilla es cada vez más escaso, y las raciones están tan contadas que todo el mundo parece desconfiar de los demás. Nuevamente tenemos una escena que ilustra perfectamente esta idea y no es otra que la reunión en la cocina, cuando se comenta que a pesar de poner a cocer la misma ración, cada vez hay menos cantidad de comida. Al final, arrebatados por la culpa cada uno confiesa administrarse “por la espalda” una cucharada de más. Cuando Manolita dice: “¡Qué vergüenza, qué vergüenza!” la respuesta, que no puede ser más acertada por parte de Luis es: “No, Manolita: ¡Qué hambre!”. Mis dieces, Fernán.

Me parece también interesante que a diferencia de otras obras, donde solo se muestra la realidad ideológica, el autor aquí permite ejemplificar las cuestiones ideológicas desde ambas partes, viendo dentro del bando republicano a personajes como el de Luis padre, Doña Dolores o el propio Luisito. De igual manera, tenemos en el bando nacional a otros personajes principales como Doña Antonia o Doña María Luisa. Como personaje anarquista tenemos al miliciano Anselmo, que no se concilia con ninguno de los otros sectores.

Quizás la obra esté estructurada de manera que nos recuerda la igualdad. Nos recuerda que los defensores de uno y otro bando pasaron hambre igual, y sufrían de los mismos bombardeos. El hilo conductor del autor funcionaría entonces como un machete que iguala todas las hierbas a la misma altura.



También se pueden deducir detalles más específicos a partir de una lectura más analítica de la obra, como el papel fundamental que jugaba la prensa en el conflicto a la hora de transmitir las noticias y la propaganda de las competencias, o también los problemas y situaciones de distintos estratos sociales. En el personaje de Manolita vemos, por ejemplo, como la vida de los actores de teatro, un grupo no específicamente acomodado, se ve sorprendida por la guerra, causándoles fuertes altibajos.

En líneas generales, podemos describir a “Las bicicletas son para el Verano” como una excelente obra de teatro sobre la Guerra Civil, pero que permite comprender los periodos de antes y después sin resultar excesivamente complicada ni caer en una sencillez que no aporte

nada al lector/espectador. Un vocabulario simple y directo, o directamente creíble, son excelentes armas usadas por el autor para contar con hasta cierto sentido del humor, los estragos que hizo la guerra entre ambos grupos, que por un momento, son igualados por el mismo caleidoscopio de miedo y hambre.